

Guillermo
Saccomanno

Esperar
una ola



Guillermo Saccomanno

Esperar una ola

 Planeta

Los balnearios ya levantaron las carpas. La costa es un horizonte de viento, arena y mar. Ahora se los puede ver. Los surfistas parecen haber estado siempre ahí, a unas brazadas de la orilla, en la rompiente, esperando. Y van a permanecer en el agua, agazapados, aun contra el presagio de una sudestada, asomando apenas en la magnitud del océano. La espera de esa ola tiene mucho de misterio. A veces están desde la mañana temprano. Si el día empezó tormentoso, vienen al mediodía, cuando un resplandor débil se filtra entre las nubes densas. La ola esperada es un sueño personal, inaccesible. Solo el surfista sabe lo que está esperando. A veces el mar es una extensión de sosiego. Y premonición. Indolentes, empiezan a formarse algunas olas. De lejos puede advertirse ese suspenso del cuerpo sobre la tabla, los músculos en tensión, listos para el salto y el viaje a lo largo de la ola. Hace falta, además de reflejos, el golpe de suerte que convertirá en proeza ese tiempo tan corto del equilibrio vertiginoso en la cresta de espuma. Para que el golpe de suerte ocurra es necesario estar en el agua, siempre, esperando. Quizá el misterio se ex-

plica en la espera. Y la revelación, en la fugacidad de ese deslizamiento en el que la existencia, de golpe, es viento. De qué estoy hablando. De escribir.

Apenas abrimos un ojo pensamos en el dinero aunque parezca que nos distraemos con el sexo, cuando en el coito nos decimos frases de amor entreveradas con otras puercas, no dejamos de pensar en el dinero mientras nos apuramos a desahogarnos porque debemos ir a nuestros trabajos, y decir trabajo es hablar de dinero como cuando llevamos a los chicos al colegio y, ni siquiera vale preguntarse el porqué, los mandamos a un colegio caro para que en el futuro ganen bastante dinero y, mejor no pensarlo ahora, en el futuro podrán amortizar nuestro derrumbe senil, pero mejor no pensar en eso ahora porque ya en la mañana, durante el día, en nuestras ocupaciones, concentrados en nuestros puestos, seguimos con la mente activa en la cuestión del dinero si se trata de impedir que alguien nos mueva el piso y ascienda sobre nuestras cabezas o nosotros, por nuestro lado, procuremos pasarle por arriba, obteniendo ascender en la escala jerárquica porque un ascenso representa un ingreso mayor de dinero, el necesario para vivir bien, tal vez sin exceder nuestras posibilidades pero también sin pasar necesidades y disfrutar merecidamente un fin de semana de

descanso y vacaciones una vez al año porque es necesario a veces un tiempo sin pensar en el dinero, es decir, reponer energías para, a la vuelta, estar en condiciones de ganar más dinero y, al fin del día, cuando nos volvemos a acostar, lo hacemos pensando en qué impuestos y cuotas vencen mañana ya que vivimos a crédito.

Cableado en la unidad de cuidados intensivos escucho las conversaciones de las enfermeras y me pregunto por qué no enamorarse de una de estas chicas de guardapolvo blanco que vienen en dos y a veces tres colectivos desde el conurbano, tienen hijos, maridos gastronómicos, albañiles, peones de cualquier gremio, vigilantes, changadores, en su mayoría desocupados, y ellas tan sufridas, tal vez su sueldo es el único de la familia si es que tienen una mientras la peste colapsa, y en el office escuchan canciones de Leo Mattioli, las tararean bajito. Hace rato escuché a una tarareando bajito mientras le cambiaba la venda a un chico que tiene un tajo en el cráneo, un coágulo y delirio. Pero quizá ella no piensa tanto en ser una buena samaritana como en algún día vivir en Miami. Es difícil encontrar la belleza en este mundo mientras ella ahora canta bajito y me revisa la herida suturada. Y sí, puede ser que hacer literatura sea inútil pero no tenemos otro ataúd flotando en el océano. Lo que lamento: ella canta bajito y no puedo descifrar la letra de la canción, ese sería el título, me digo, la letra de la canción. Lo peor, si uno escribe esta historia conmoverá a chicas

sensibles y los críticos opinarán que ese fue el objetivo de tu escritura. Si averiguo la letra será el título de la historia. Y después la tiraré por cursi. Pero el chico del tajo en la cabeza, internado a unos metros, no olvidará nunca su melodía.

Ochenta millones de refugiados en el mundo no son una cifra. La pianista en el teatro lleno no toca solo para esta audiencia. Piensa en otros que podrían escucharla en los lugares perdidos del mundo. Una nena iraní del otro lado del alambre concentrada en la transmisión de una radio portátil, como esos muchachos libaneses en el paso fronterizo francés que detectaron su música en un celular. Y está un viejo periodista chino que nadó el mar y, exiliado, la sintoniza en la compu donde denuncia a la policía hongkonesa. Una boliviana se ajusta los auriculares en una tapera patagónica. No está solo con la pianista, se dice el que escribe. Puede estar un pibe georgiano conectado que viaja con los ojos cerrados en un metro paulista. También puede imaginar a una chica escuchándola en su celular en una carpa en una tierra ocupada en el conurbano bonaerense. Para todos toca y lo sabe. Toca aun cuando no puedan escucharla porque no todos tienen internet. No obstante toca. Toca espaciando las notas, que se expandan, que se vuelvan más íntimas. Se acuerda de sus padres y sus hermanos menores, muertos bajo un misil en ese caserío balcánico mientras ella

estaba a unas cuerdas en su clase de música. En su música los habitantes del desierto podrían encontrarse menos solos. Toca para mí, puede pensar cada uno. Y toca por nosotros.

Ese tren que pasa otra vez ahora, en cada ventanilla, una versión diferente de mí mismo. Al pasar, aquellos que fui me saludan con un movimiento suave de la mano, un gesto de adiós simpático. No me tranquiliza el pasaje. Porque sé que en el próximo tren se sucederán otros yo que olvidé y no aguantaría volver a verlos aunque ellos simulen dejarme atrás. Así que me acuesto sobre los rieles y espero que vengan otra vez y sigan su viaje, para siempre, sin mí.

En madrugadas de invierno como esta que el frío sume en silencio las calles del Bajo, desde el pasaje de la vuelta suben hasta este departamento del noveno contrafrente las voces de los sin techo, sin comida, sin hogar y sin amor, borrachos o drogados o las dos cosas. Primero cantan, después discuten, después amenazan y después pelean hasta que alguno muere y entonces amanece, retorna la quietud hasta la primera hora de la mañana, cuando se pueden escuchar los baldes de los porteros lavando la sangre del adoquinado.

Anoche, después de sentir que ya no podrías escribir un cuento más, al cruzar el bosque, cuando te internabas por el sendero que lo atraviesa, y debiste enfrentar ese tramo oscuro, la boca del lobo, era tarde, casi medianoche, y a medida que avanzabas te reprochabas no retroceder, actitud de por sí contradictoria pero que no podías modificar porque tus pasos, unos tras otros, cada vez más apurados, contradecían, además de tu voluntad, el miedo lógico que cualquiera, todos en el pueblo, aun los más arriesgados, experimentan en este tramo negro, entonces te acordaste de Kafka, después de sus vómitos de sangre, entre septiembre de 1917 y abril de 1918, en Zürau, la campiña bohemia, en casa de su hermana Ottla, donde pasó una breve estancia, intentando reponerse, cuando escribió las *Consideraciones sobre el pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero*, título que su amigo Max les dio a sus aforismos. En el número 5 dice: *A partir de cierto punto ya no hay retorno. Ese punto hay que alcanzar*, punto en el que te encontrabas tanto en el cruce del bosque como en la escritura de estos cuentos mientras pensabas espantado que ya no escribirías

uno más pero, sin embargo, unos pasos después, una claridad lunar se proyectaba sobre el teclado.